

Poesía

De la vida y la literatura

Cuando acaba septiembre, la compleja escritura de José Carlos Llop



JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

La poesía de **José Carlos Llop** —que es también novelista, diarista, ensayista, y siempre fiel a su mundo y a su estilo— no es de fácil acceso, ofrece cierta resistencia al lector apresurado. Y no por rebuscados gongorismos o irracionalismos expresivos, sino por una cierta frialdad y exceso de literaturización. Al culturalismo de los años setenta —publicó sus primeros versos en 1976, a los veinte años— se ha seguido manteniendo fiel, sin importarle que algunos críticos le tildaran de libresco y decorativo («poesía de anticuario», se llegó a decir).

A quienes se acerquen con esos prejuicios a **Cuando acaba septiembre** les costará entrar en el libro. Comienza con un tono distanciadamente ensayístico («Escribe Gibbon en Decadencia / y Caída del Imperio Romano...») y ese tono continúa en «Cavafis»: «Leo en un libro sobre ciudades —de Trieste / a Buenos Aires— que la calle Lepsius, / donde vivía Constantino Cavafis, / se llama ahora Sharm El Sheik». Un sueño que tiene algo de deliberada alegoría, una anécdota bien contada, algún intento de monólogo dramático («Informe policial, San Diego, 1989», «Jerusalem»), encontramos en los poemas siguientes.

La impresión que sacamos de estos textos iniciales es la de encontrarnos ante un buen escritor, pero no ante un buen poeta, quizá ni siquiera ante un poeta: parecen sólo brillantes ejercicios de redacción, como un ejercicio enumerativo es el poema «Luna» y casi una tópica postal de París «Primavera, 2010», escrito en catalán, al igual que «Formentera».

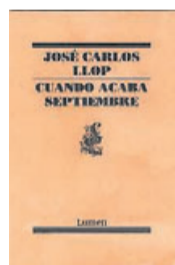
Pero poco a poco nos va ganando la magia de los versos. ¿Cómo resistirse a la brillantez evocativa de «Beirut song», a esa mirada que en lo que hay ve lo que hubo, a esa mirada para la que nada hay sin su resonancia culturalista y elaboradamente literaria? Así, «el mar en el viejo puerto de Beirut» es «la luz de una joya fenicia, / plata y aguamarina»; los minarettes, «con su caligrafía picuda», sostienen el aire, «antiguo como la Biblia»; en el casco de los barcos se encuentra «la herumbra de la Eneida», y «el esplendor del siglo XX» en las villas coloniales y sus jardines polvorientos.

A la primera parte de **Cuando acaba septiembre**, reflexiva y libresca, le sigue una segunda más personal, aunque no escaseen en ella las referencias culturalistas (sin el peso de la cultura, la vida parece no tener peso para José Carlos Llop). Baste un ejemplo que es casi una poética, el segundo poema de la serie «Breviario», que dice así: «Hoy he mirado un pulpo / con su yelmo de Patroclo / y los ojos de Otelo: la cultura / de Occidente —los motores / de su Historia— / en un cefalópodo».

El José Carlos Llop más memorable e imprescindible comienza con «El petirrojo», sigue con «Mañana de sábado» (su escritura, tan recargada habitualmente, se acerca a la despojada sugerencia) o «Reencuentro», que anticipa la tercera parte y elude, como ella, la falacia patética a la que tanto se prestaba el tema.



José Carlos Llop.



Cuando acaba septiembre
José Carlos Llop
Lumen. Barcelona, 2011.

A José Carlos Llop, después de poemas como los citados, o «El vestido de flores», le perdonamos cualquier manierismo. Que ni siquiera cuando, mientras «arranca hierbas con la azada», contempla a las hormigas que olvide de Homero: «Imagino esa ciudad suya de murallas pardas, / celdas doradas y túneles oscuros / como una Troya en paz, donde Aquiles y Héctor / llevan cascos rojos y armas negras, pero no pelean, / Príamo ha muerto y Helena es una reina sin amantes». O que interrumpa ese mismo excelente poema, «Mediterránea», para ofrecernos un aforismo (los clásicos «siempre son modernos y enseñan / lo que no sabes, hablándote de lo que sí») o una rebuscada greguería: «los cargueros afeitan / el horizonte como emisarios de un barbero / con negocio en El Pireo, Chipre o Estambul».

¿Poesía con fórmula? A veces da esa impresión. Veamos el poema «Marina». Dos versos que se limitan a un escueto y prosaico constatar: «Es sep-

tiembre y vuelan las libélulas. / Después del baño, fumo un cigarrillo». Otros dos deudores de la parafernalia novísima, del **Gimferrer** de **Arde el mar**: «El ocaso se viste de noble veneciano. / El siroco toca el arpa salvaje del pinar». Y un último verso que quiere dar transcendencia al apunte paisajístico: «La bondad es la mejor ofrenda de la vida». Poesía con fórmula, sí, porque el estilo acaba a menudo solidificándose en una fórmula, en una receta. Pero lo que importa es que el poema, a pesar de eso, casi siempre funciona.

La tercera parte consta sólo de un extenso poema cuyo título es una fecha, la de una muerte que marca un antes y un después, y de la que ni siquiera el hombre más afortunado está a salvo. En ese poema, que habla «de la mañana más triste del mundo», están también **Emily Dickson** y **Turner**, la nieve como «una celebración», un petirrojo sobre un rosal de Amherst y las gaviotas que se posan en los tejados «como rentistas decimonónicos por los campos Elíseos». Ni siquiera cuando habla de los últimos momentos de la vida de su madre puede José Carlos Llop dejar de hacer literatura. Y es que para él vida y literatura, si no son la misma cosa, son dos hermanos siameses que no pueden existir el uno sin el otro. Y tras las dudas iniciales, cerramos «Cuando acaba septiembre», enriquecidos y reconfortados, dándole la razón.

Tinta fresca

El libro más peligroso del mundo

De Paz construye una amenazadora intriga de profecías y derrotas



TINO PERTIERRA

A **Pedro de Paz** le va la quinta marcha. Arrancar con ímpetu («aquella mala bestia no dudaría en partírle el alma sin mostrar el menor signo de pesadumbre») y acelerar, dar gas a su historia para que el lector tenga la sensación de entrar en el carril desbocado de una noria frenética. Sus claves quedan expuestas desde la primera palabra: mantener el vilo a quien se suba al entramado narrativo. Y lo hace con la precisión de un cirujano que sabe cómo abrir el cuerpo de la intriga y hurgar dentro para buscar sus puntos vitales. De ahí la eficacia (de raigambre tan cinematográfica) de comenzar con una escena impactante para cortar en seco y recular a un flashback en el que la amenaza habita desde las primeras palabras.

Un protagonista de profesión poco habitual en la narrativa española (fotógrafo free lance, nada de personajes contemplativos o rumiantes) atraviesa horas muy bajas. Desesperadas. El antihéroe está servido. Y al borde del colapso. Demasiadas dudas, amigo, demasiadas deudas. Ni un anticipo más. Arréglatelas como puedas. El agrio sabor de la derrota entre los dientes. Amarga lluvia. Y, de repente, el enigma. La inquietud. Huyendo de lo que podría ser un enemigo se encuentra con un mundo de inesperadas sorpresas en la atmósfera (premonitoria) de una extraña librería en la que le aguardan las páginas de un libro... distinto. Una belleza sobrecogedora, un esmero en la edición insólito. Un libro podría cambiar una vida, dice el proverbio árabe, y así es, así será. Por diez euros. Lo que al principio parece una primada se convertirá, poco a poco, en una sucesión de escalofríos. Arruinado, con el alma en suplicio y el corazón en cabestrillo, al desdichado protagonista de **La senda trazada** le aguardan días muy oscuros, y De Paz se encarga de amortajar su futuro con minuciosas descripciones de tempestades soñadas, pesadillas que pronto se verán trasplantadas a la realidad. Cuando vuelve a la librería a devolver su compra y descubre que lleva diez años cerrada, el misterio coge carrerilla. Cuando lee en los periódicos que el Papa ha muerto, da un triple salto mortal. Y al caer en la cuenta de que su enigmático libro contiene la profecía de ese fallecimiento, el miedo asoma la cabeza y... Lejos de conformarse con escribir una novela de intriga con manoseadas formas y previsibles fondos, De Paz da un revolcón al género y construye un suculento personaje destruido en un mundo profesional que se derrumba, un perdedor que se juega el alma a todo o nada en la ruleta rusa del destino. Hagan juego, señores.



La senda trazada
Pedro de Paz
Algaida